

Escondiendo la cabeza en la arena

YA no percibía el zumbido de las turbinas con la fuerza de las primeras horas de vuelo porque había comenzado a tener un efecto arrullador sobre ella. Pero no podía dormir, por lo pronto no ahora, mientras miraba fijamente por la ventanilla con los ojos extremadamente abiertos. Todo lo que la rodeaba cayó a un plano de absoluta insignificancia. Estaba sola, sola consigo misma y con una profusión de pensamientos, fragmentos de pensamientos, que como relámpagos centelleaban en su mente, en completo desorden, sin ninguna relación, siempre girando sin embargo con insistencia alrededor del mismo suceso.

Un sinnúmero de nubes blancas como suaves montañas de algodón pasaban debajo de ella. ¡Quién pudiera dejarse caer en ellas, dejándose acariciar suavemente por ese silencio blanco y vacío, y luego permanecer allí, en un mundo de quietud absoluta, y poder olvidar!

"Damas y caballeros, en este momento sobrevolamos..."

Las nubes que flotaban a gran distancia debajo del avión se abrieron para permitir ver Madrid.

Madrid. Antes hubiera escuchado fascinada el sonido de este nombre, porque esa ciudad había sido parte de sus sueños, uno de muchos.

No, no había viajado mucho, a pesar de que siempre estuvo en condiciones económicas de hacerlo. Rolf era apoderado de una empresa constructora de máquinas de mediana importancia y a raíz de sus obligaciones tan a menudo impredecibles, en realidad nunca habían podido hacer planes. Y cuando los habían hecho, entonces siempre había ocurrido algo que se interponía, un viaje de trabajo sorpresivo de Rolf, los niños, primero Daniel, después Tanja y finalmente Manuela. Daniel ahora tenía siete años, casi ocho, Tanja seis y Manuela cuatro, y sin darse casi cuenta había festejado su 34º cumpleaños antes de las vacaciones. Sí, Rolf había viajado mucho, Rolf...

Su mirada bajó mecánicamente sobre Madrid. Parecía que allí algún gigante había tirado un montón de piedrecitas de diferentes colores en el medio de la meseta marrón-rojiza que lucía inmensamente uniforme, apenas salpicada de algunas manchas de color verde muy oscuro. Todo parecía tan insignificante desde esta altura. Y sin embargo allí abajo se encontraba todo lo que forma parte de la vida humana, repitiéndose muchos miles de veces: esperanza y desesperación, risa y llanto, alegría y tristeza, nacimiento y...

Sin notarlo, un doloroso gemido había salido de su pecho haciéndola encogerse tiritando.

"Señora Winter, ¿no se siente bien? ¿Puedo hacer algo por usted?"

Con cierto esfuerzo y como contra su voluntad, giró su cabeza hacia la dirección de donde provenía la pregunta y se encontró una vez más con esa sonrisa estudiada, que nada expresaba, como de un cartel de propaganda, encima del uniforme color *bordeaux* que ella conocía ya ahora desde hacía dos días. Tampoco ya le asombraba que la tripulación la llamara por su nombre.

"No, gracias", respondió ella, recostó su cabeza y buscó con los ojos la ventanilla, en la que, a decir verdad, no se veía más que un azul cada vez más lejano.

"Señora Winter, por supuesto que International Airlines hará lo posible por hacer su viaje de regreso, a pesar de las... hm... circunstancias tan especiales (sonrisa reprimida), lo más agradable posible (sonrisa amplia)", le había dicho el señor que vestía un traje *bordeaux* de corte y caída perfecta, en el despacho de la compañía aérea en Kingston.

"La Dirección ha decidido (sonrisa radiante) trasladarla de regreso en primera clase. Esperamos que sea también de su agrado."

Antes de la partida habían sido conducidos a una sala especial, apartados de los demás pasajeros normales, rodeados permanentemente por un funcionario servil de la compañía aérea que parecía disculparse silenciosamente hasta por su propia existencia.

"Señora Winter, ¿puedo hacer algo por usted?"

"Señora Winter, ¿me permite ofrecerle un refresco?"

Habían subido al avión como últimos.

"Señora Winter, ¿me permite dejarla en manos de mi colega? ¡Le deseo un buen vuelo!"

"Buenos días, Señora Winter. Por aquí por favor."

"Les hemos reservado estos asientos".

"¿Me permite ayudarla?"

"¿Puedo hacer algo por usted?"

"Si tuviera algún deseo..."

Juegos para los niños. Sonrisa.

"¿Desea algo para leer? ¿Quizás los niños?"

¡Los niños!

Su mirada volvió del azul del cielo y se posó sobre sus hijos. Los tres dormían, en esos sillones demasiado grandes para ellos, el sueño profundo de los niños: calmo, distendido, con inspiraciones intensas y regulares. La inocencia de los niños.

En un comienzo de pánico, como si quisiera huir de un pensamiento amenazador, giró bruscamente la cabeza; su mirada se fijó en la ventanilla, su único refugio, y después volvió a perderse en lo infinito.

"Señor Winter", así había dicho el Director de la empresa, "desde hace ocho años usted no ha hecho uso de su licencia. Como bajo todas las circunstancias deseamos conservar su fuerza de trabajo tan efectiva y productiva, consideramos conveniente que usted este año finalmente usufructúe, con su familia, una licencia prolongada. ¡Piense una vez también en sí mismo y en su familia!".

Cinco largas semanas, hermosas, plenas de sol, les esperaban en Jamaica. Rolf no había preguntado mucho, sino que había hecho las reservaciones de vuelo y a la vez reservó un *bungalow* directamente en la playa. Hacía seis —no, siete— días que habían llegado a Ocho Ríos. Por supuesto que ella había leído detalladamente el folleto que Rolf había traído y había mirado las fotos soñadas. Pocas veces sucede que la realidad supere a la imaginación, pero así le había pasado a ella.

En aquel lugar, las suaves colinas cubiertas de vegetación selvática tropical, frondosamente verde, se empujaban prácticamente hasta el mismo mar, como si quisieran abrazar amorosamente la ensenada cuya playa, en un suave arco, estaba cubierta de arena inmaculadamente blanca. El agua suavemente verde se unía con el azul del cielo, con el verde intenso de las colinas, con la pureza de la arena blanca, formando una composición de colores maravillosa.

"Así me imagino el paraíso", le había susurrado a Rolf, sentados juntos delante del *bungalow*, callados y extasiados por la belleza de ese lugar. Aunque, en realidad, ella hubiera preferido estar en uno de esos lujosos hoteles al otro lado de la ensenada, porque entonces no tendría que estar cocinando, ordenando, lavando y planchando. Pero a Rolf le había parecido que en un *bungalow* ellos podrían ser sus propios dueños, y que allí no necesitarían tener consideración de nadie.

"Damas y caballeros, en aproximadamente 45 minutos estaremos aterrizando en Frankfurt. El tiempo es cálido, con alguna nubosidad..."

Por un momento, el anuncio del piloto la arrancó de sus recuerdos que ahora la habían atrapado, dejándole revivir como si fuera espectadora, con una singular claridad, todo lo acontecido.

Inmediatamente después del almuerzo algo tardío, los niños habían vuelto a la playa. Mientras lavaba los platos, ella miraba de vez en cuando por la ventana, observando cómo habían comenzado a construir una muralla alta y en círculo. Manuela acarreaba agua diligentemente, con seguridad para endurecer la arena. Rolf, mientras tanto,

yacía en una reposera delante del *bungalow*, la cara cubierta por un diario, tratando de hacer una siesta.

"Papi, papi, ¡ven a jugar con nosotros!", llamaba Daniel a su padre con insistencia.

Al mirar por la ventana nuevamente, Rolf, transpirando, ayudaba a los niños a construir la muralla protectora de su castillo de arena.

Era un día hermoso. Parecía que el sol tuviera la intención de volcar toda su gracia sobre Ocho Ríos. No se sentía ni el más mínimo soplo de viento; el agua acariciaba tiernamente la playa. Solamente a dos millas mar adentro, las olas del Atlántico hacían espuma al quebrar contra el arrecife que se encontraba allí protegiendo la playa.

"Papi, atención, tú eres nuestro prisionero y te vamos a poner en el calabozo de nuestro castillo", siguió el juego Daniel. Entusiasmados, los niños comenzaron a cavar un pozo adecuado a las medidas de su padre. Rolf estaba contento de que el juego hubiera tomado ese giro, pues ya no tendría que construir más murallas en ese calor abrasador, sino que podría recostarse tranquilamente, descansar, y quizás hacer ahora su siesta.

"Terminamos", dijo Tanja con orgullo. "Ven, ¡acuéstate adentro!"

Rolf se acostó dentro del hoyo. "¡Pero también tienes que poner los brazos adentro!", y sus hijos comenzaron a tapar el pozo, colocaron bastante arena aun por encima y la afirmaron con golpes, para que su prisionero no pudiera huir tan fácilmente.

Ahora sólo quedaba la cabeza de su padre afuera.

"Daniel, por favor, colócame el diario sobre la cabeza, porque si no podría quemarme con el sol."

¡Qué agradablemente fresco se estaba allí! El sol solamente lograba calentar la capa superior de la arena, pero como él se encontraba ahora enterrado, el calor no lo afectaba en absoluto. Así podría permanecer por horas. Aunque apenas podía moverse, tanto habían afirmado la arena los niños, el fresco era tan agradable y hacía un efecto tan tranquilizador sobre él, que cerró los ojos y se durmió profundamente.

Mientras tanto, los niños habían finalizado el trabajo en la muralla protectora. Daniel tuvo una nueva idea.

"Si llegan nuestros enemigos, pueden ver a nuestro prisionero. Mejor lo hacemos desaparecer por completo."

Silenciosamente y con cuidado se acercaron gateando y comenzaron a cubrir la cabeza del padre con arena, hasta que ya nadie podía ver lo que escondían debajo de ella.

Después de haber terminado con los platos, ella había ido al baño para lavar unas prendas de los niños y colgarlas. Cuando volvió a mirar por la ventana, aproximadamente tres cuartos de hora más tarde, vio como los niños, jugando, se defendían de un enemigo imaginario. Ni rastros de Rolf en ese momento. Por un instante la loma en el centro de su castillo atrajo su atención.

"Como una tumba recién tapada", le había cruzado por la mente.

"Señora Winter, ¿sería tan amable de colocarse el cinturón de seguridad? Estamos acercándonos a Frankfurt para aterrizar."

Otra vez los condujeron a una sala especial. El director de la empresa ya la estaba esperando allí. Había insistido en venir y saludarla personalmente.

"Señora Winter...": una mirada que expresaba compasión, pero sin poder esconder su preocupación comercial.

Juntos se pararon en la ventana mirando hacia el avión con el que había llegado. Un coche negro se había acercado al compartimento trasero de carga. Dos hombres empujaban ahora un cajón alargado metálico del compartimento de cargas sobre la plataforma elevadora.

"Un lamentable accidente, Mrs. Winter", había dicho el médico. "Todo apunta a una falla cardíaca. Pero, por supuesto, solamente una autopsia podría dar los motivos exactos..."

Ella la había rehusado.

Los rayos del sol se quebraron sobre el metal y le enviaron una centella brillante.

De soslayo miró al director de la empresa y leyó en su cara el aviso mortuorio que aparecería mañana:

Hondamente conmovidos participamos el inesperado y para todos incomprensible fallecimiento de nuestro muy estimado colaborador de tantos años, N. N.

Lo recordaremos por siempre.

Dirección y Personal

Cuando el coche negro se alejaba lentamente del avión, ella se giró casi demasiado bruscamente, se dirigió hacia sus hijos, que la miraban con ojos grandes, inquisitivos, de no poder comprender, y les extendió sus manos.

© Copyright by Peter-Michael Sperlich. Todos los derechos reservados.